

Premio Ejército del Aire 2018  
Creación Literaria

Lema

**RECUERDOS**

De entre todos los días de la semana, el que de verdad prefiero es el lunes. Sí, entiendo que es una elección cuanto menos peculiar; para el común de los mortales el lunes es el día de la vuelta a la rutina, del despertador implacable y la promesa de un largo trayecto al trabajo en uno de esos atascos monumentales que podemos escuchar (cláxones, acelerones y frenazos) cada mañana desde la Residencia. Soy egoísta, lo sé, pero el lunes es para mí un remanso de paz después de las visitas del fin de semana, y cuando a media mañana ya se ha despejado la carretera cercana podemos disfrutar del sol que entra suavemente por los ventanales, del silencio y la paz que, en mi opinión, son un bálsamo para nuestros muchos achaques, nuestros muchos años.

Porque es una paz muy distinta a la de las noches. La noche es tediosa, desde luego, y con los años se hace más difícil dormir, abstraerse. Durante el invierno llegan a ser interminables, catorce horas de oscuridad en las que agotamos todos los temas de conversación, todas las anécdotas de nuestras largas vidas contadas una y otra vez; al final el silencio se impone, pero es un silencio denso, antipático, en el que casi se puede escuchar el rumor de los pensamientos de los compañeros y se rompe apenas, de tanto en tanto, con el repentino sonido de la caída de una pesada gota de aceite en la bandeja de aluminio que nuestros cuidadores nos colocan, previsoramente.

Sí, aceite, no voy a negarlo, a estas alturas. Son muchos años en las cuadernas para querer pasar por un mozalbete: perdemos aceite, lo que quiere decir por supuesto que ya somos viejos, pero también que en nuestro interior sigue habiendo un corazón, puede ser que dormido, pero un corazón sin la menor duda: significa que aunque estemos ingresados en la Residencia estamos vivos.

Un corazón, he dicho. Dios sabe que lo tengo, aún fuerte, aunque no siempre fue así. Yo nací en Sevilla, de padres alemanes, y durante años carecí de corazón: junto a

mis hermanos permanecíamos en una especie de limbo, incompletos, esperando llegar al mundo y viendo pasar el tiempo en un vacío absoluto. Algunos compañeros que abandonaban aquel limbo se burlaban de nosotros y nos llamaban *Hombres de Hojalata*, como el personaje del Mago de Oz que carecía de corazón, con esa crueldad sin límites de los niños. Soy rencoroso, sí, he de reconocerlo, y a veces me acuerdo de aquellos críos crueles y pienso qué habrá sido de ellos: probablemente ya no existan, tras haber vivido vidas anodinas probablemente sus cuerpos estén deshechos, desperdigados por todo el planeta, mientras los *Hombres de hojalata* hemos vivido largas y fructíferas vidas y aquí seguimos, tantos años después. He de decir que mi venganza no tardó en llegar, el día en que, tras un revuelo fuera de lo común comenzaron a llegar nuestros corazones desde un lugar llamado Inglaterra. La vida, que hasta ese momento había sido un limbo, un duermevela tedioso, comenzó a ser una fiesta continua, la explosión de una infancia y una adolescencia unidas tras el latido poderoso de nuestros nuevos corazones. Recuerdo mi primera salida al exterior, ya uniformado de azul oscuro, con las venas llenas de fluidos y el vientre bien cargado de combustible. El cielo era de un azul brillante, como jamás lo había visto en los rectángulos de cielo que podía atisbar desde el lugar donde nací, y una suave brisa me daba de frente. Mi corazón comenzó a latir, cada vez más rápido, se desbocó y me sentí de pronto impulsado hacia delante en una loca carrera que me hacía vibrar, tropezar en los baches del suelo de hierba hasta que de repente me sentí ingrávido, libre; vacilé un poco, llevado de un breve momento de pánico, pero todo se me reveló en un instante: el cielo era mi territorio natural, el lugar para el que había nacido. Recuerdo que subí, di giros, me lancé contra el suelo y cuando parecía que iba a chocar volví a elevarme vertical, poderoso, el verdadero dueño del cielo.

— Dueño del cielo, dueño del cielo— refunfuñó una voz al fondo de la sala, con un fuerte acento ruso—. Me hubiera gustado verte en el cielo de Teruel, en enero del 38, a ver si hubieras sido el dueño del cielo.

— Calla, Poli, déjale hablar— se escuchó una voz que no pude identificar—. Siempre con la batallita de Teruel, qué cansino.

— *Glupyy durak*—masculló Poli, y de nuevo se hizo el silencio. ¿Por dónde iba?, ésta cabeza mía... Ah, sí, es verdad. Esa mañana mi destino se había revelado: iba a ser un ave, a vivir más allá de la tierra, podría ver el mundo con los ojos del águila. Nada hay como la juventud, ¿no creéis?, la vida parece inagotable, más aún cuando el sol brilla cegador en un cielo que es casi añil, sobre las amplias llanuras blancas de un cielo que para la gente de tierra es gris y nublado y para nosotros es un brillante mar de algodón. Me reuní con mis hermanos a muy poca distancia de donde nacimos, bajo el sol tan brillante. Nuestros cuidadores eran solícitos con nosotros y nunca dejaban que el polvo o el barro mancharan nuestra piel azul; nuestros guías, todos ellos hombres muy jóvenes, nos manejaban con respeto y devoción, tanto que algunos de entre nosotros llegamos a tener un nombre propio, en muchos casos el de la novia o la esposa de nuestros guías. Yo, en aquella época, era conocido por *Mapi*.

Éramos jóvenes, ellos y nosotros, y nuestro carácter estaba aún falto de doma, como potros recién ensillados; no faltaba el susto, caracoleo o el tornillazo a la derecha en los despegues que servían para poner las cosas en su sitio: tal vez nuestros guías decidían dónde y cómo ir, pero éramos *nosotros* los que volábamos, y eso era algo que nunca debían olvidar.

No todo en la vida era esa rutina plácida, desde luego. Un día, tras unas semanas de un trajín frenético que no podíamos comprender, nuestros cuidadores nos colocaron unos depósitos rebosantes de combustible y comenzamos un larguísimo vuelo en

formación sobre el mar, con los cañones municionados, dispuestos para el combate. No podíamos entender qué hacíamos tanto tiempo sobre el mar, pero nos dejamos conducir dócilmente, confiando en nuestros guías que, seguramente, sí sabían el porqué de ese vuelo tan extraño que no pudimos más que disfrutar: la formación de decenas de hermanos de color azul oscuro que se confundía con el añil del mar, el brillo del sol que comenzaba a ponerse realzando el color de las escarapelas, la tierra parda que apareció frente a nosotros cuando ya sentíamos el estómago vacío y apurábamos las últimas bocanadas de aire mezclado con gasolina que hacían que nuestro corazón latiera con fuerza.

No hubo descanso, y nada más llegar a esa tierra tan extraña nos armaron con cohetes. Éramos guerreros, y para ello habíamos nacido. Fueron meses de vértigo, volando sobre esa tierra reseca, dejada de la mano de Dios. Estábamos nosotros, también los Pedros que veíamos volar, majestuosos, sobre nuestra cota; incluso algunos recién llegados como Tex, ¿te acuerdas?

— Allí nos conocimos— rememoró Tex—. Éramos más jóvenes, desde luego.

— Lo éramos, lo éramos... ¿Cómo formar parte de esa locura si no eras joven? Nos introducíamos en cañones, volábamos a toda velocidad entre las paredes de roca de cañones, lanzábamos nuestros cohetes contra cuevas escondidas en esas paredes y al instante nos elevábamos como un cohete vertical, nuestro corazón rugiendo hasta el límite de sus fuerzas y de pronto la satisfacción de estar de nuevo en el aire libre, en el infinito cielo azul.

Esa rutina no estaba, obviamente, libre de riesgo. A veces recibíamos disparos de fusilería, apenas unos agujonazos que no nos hacían ni inmutarnos; yo conservo un par, aquí detrás, junto al numeral. El peligro era la misma tierra, que por lo que se ve no nos quería allí: aquél suelo irregular en el que podías partirte una pata y acabar

estrellado contra el suelo, como un pura sangre herido, o esa arenilla insidiosa que se metía por todas partes, que nos ahogaba, nos bloqueaba las venas y hacía que tosiéramos sin descanso. ¿Te acuerdas de esas toses, verdad Tex? Ya sabes lo que ocurría si perdías el aliento en el despegue, cargado de combustible y armamento... Ha pasado más de medio siglo y aún no he podido quitarme de la cabeza los cuerpos abandonados de mis compañeros, arrumbados a un lado de la pista, cubiertos de ese mismo polvo que los había ahogado.

— *Chi è sfortunato non vada alla guerra* — filósofo Chirri.

— El que faltaba— gruñó Poli.

— Menos humos, *cavaliere*, o tendremos que acabar lo que dejamos a medias en Belchite...

— Haya paz, caballeros— zanjó Tex, malhumorado—. Por Dios, lleváis ochenta años así, un día os van a reventar las tuberías y entonces se acabó lo que se daba. Sigue, por favor, estábamos en...

—En los últimos días en aquella tierra seca e inhóspita. Poco a poco los vuelos se fueron espaciando, se hicieron menos vertiginosos y pasaron a convertirse en una rutina que cesó cuando nos colocaron los depósitos y comenzamos el largo vuelo de regreso a casa. Recuerdo haber mirado por el rabillo del ojo esa costa que habíamos aprendido a odiar, en la que quedaban para siempre varios de entre nuestros hermanos. De vuelta al hogar retomamos nuestras rutinas: los años pasaban, los guías cambiaban, cada vez más jóvenes mientras nosotros sentíamos el peso de los años en las cuernas y los corazones, y los vuelos se iban haciendo cada vez más espaciados, más escasos. Sobre nuestras cabezas veíamos pasar a los nuevos compañeros, recién venidos de América, que volaban a una velocidad inalcanzable para nosotros. La verdad es que eran bastante antipáticos, siempre tan pulcros y tan sobrados tenían la manía de

mirarnos por encima del hombro. Algunos de entre nosotros los mirábamos con desdén, ya que por mucha velocidad, rugido de motores y piel brillante que tuviesen nosotros ya habíamos combatido, y éramos guerreros de verdad, probados y no potenciales como esos niños que se atrevían a darnos pasadas de intercepción en nuestros escasos vuelos, pero en el fondo sabíamos que el futuro era suyo, de los reactores, los misiles y los radares y que nuestro tiempo estaba a punto de pasar.

Y llegó, como todo llega en esta vida. Habíamos escuchado rumores, comentarios, los vuelos casi se habían detenido y el mimo con el que nuestros cuidadores nos habían tratado se había ido transformando en una descorazonadora desidia. En las noches interminables, la angustia nos impedía descansar: no sabíamos qué nos iba a deparar el futuro, pero los más pesimistas, o tal vez los más racionales de entre nosotros daban por seguro que muy pronto nos esperaba el soplete del desguace, y aunque uno trataba de resignarse y de admitir que la muerte es el fin último de toda vida, no por ello dejaba de añorar el amplio cielo azul, la caricia del guía antes de subir a la cabina, el aroma del combustible llenando el vientre, y deseaba con toda el alma poder elevarse una última vez y, tal vez, estrellarse a toda velocidad contra el suelo como un guerrero y no perecer tristemente en las prensas del desguace.

A veces los ruegos son escuchados, amigos, ya lo sabéis. Por eso estamos aquí cuando miles de nuestros hermanos ya no están entre nosotros, desguazados y convertidos en vete a saber qué: en coches, herramientas...

— ... o en otros aviones— musitó Tex, que creía fervientemente en la reencarnación.

— Así sea... Una tarde nos sacaron de los hangares, y por primera vez en meses nuestros corazones cobraron vida. Los cuidadores nos daban vueltas y vueltas, buscando fugas de fluidos, repasando cada rincón de nuestra anatomía; una vez satisfechos, nos

metieron en el hangar y comenzó una extraña ceremonia. Nos desnudaron, nos quitaron hasta la última mota de nuestra identidad; a mí me dolió especialmente cuando borraron el nombre de Mapi de mi costado, ya que formaba parte indisoluble de mi identidad desde hacía tanto tiempo. Con meticulosidad nos pintaron con colores desconocidos: un astillado verde y gris por encima, y color azul cielo por debajo, y en las alas unas extrañas cruces negras. Nos mirábamos de reojo, sin poder contener la risa. Nos recortaron las puntas del ala, y sustituyeron los cañones reales por unos extraños tubos que remedaban cañones. Nada parecía tener sentido; nos veíamos ridículos, disfrazados, fuera de lugar, aunque algunos lo habían pasado peor: los Pedros aterrizaron también disfrazados con cruces negras, su acabado plateado oculto bajo pinturas de guerra impostadas, y pocos de entre nosotros pudimos contener la hilaridad. Con ellos llegaron unos compañeros extraños. Pintados de tonalidades verdes y marrones, no podíamos sino admirar sus líneas elegantes, de verdadero purasangre inglés. Ellos, aunque al principio se mostraban algo perplejos por nuestro aspecto, ocultaban su sorpresa con la proverbial flema británica. Fue a lo largo de largas noches de hangar cuando descubrimos el por qué de aquella mascarada. Iban a rodar una película, sobre una cierta Batalla de Inglaterra que se había librado décadas atrás, y tanto los purasangres ingleses como nosotros íbamos a ser los protagonistas absolutos, aunque para ello tuvieran que disfrazarnos, nos explicaron, de nuestros antepasados alemanes, los Bf 109 E.

— A mí también me pasó— suspiró Tex—. Ya veis, nacido en Los Ángeles, cien por cien americano, y me pasé los años setenta disfrazado de japonés, pintado de blanco y con las malditas albóndigas rojas en las alas. ¡Puagh!— gruñó, y una pesada gota de aceite cayó en la bandeja.

— No te quejes— replicó Poli, su acento ruso más cerrado que nunca—. ¡Yo vivo en la perenne esquizofrenia, una mitad republicana y la otra nacional! Si me miro

de reojo la cola, aparece tanto la tricolor como la cruz de San Andrés... *Kakoye bezumiye!* ¡Qué locura!

Y bien que nos ganamos el ser las estrellas de la película. Vuelos cada día, maniobras de combate aire-aire que no habíamos tenido la oportunidad de ejercitar desde hacía años, formaciones de escolta junto a los Pedros, acompañados de los cineastas, viejos bombarderos que habían cambiado las torretas de defensa por cámaras con las que rodaban incansablemente esas batallas aéreas que no eran más que una simulación. Nuestros guías eran tanto los pilotos del escuadrón como gente de mayor edad que hablaba en un idioma seco y cortante pero que nos trataba con el cariño y el respeto que se debe a un viejo amigo. Uno de ellos, que me guió varias veces, era un hombre de cabello oscuro y bigote negro que tenía la mala costumbre de fumar unos puros que apestaban como el humo de la cordita, pero que conseguía que hiciera los virajes más cerrados, las maniobras más audaces que ningún guía me había logrado sacar. Los ingleses se sorprendieron de que muchos de nosotros hubiésemos sido también guerreros reales, combatiendo en las arenas del desierto, cuando muchos de ellos eran veteranos reales de aquella guerra que la película iba a recrear.

— En realidad, cuando la Batalla de Inglaterra yo aún no había nacido, *my friend*— me dijo MkIX una tranquila noche tras un día agotador de rodaje. — Yo combatí en Italia, en 1944, pero no importa, para los que vean la película un *Spitfire* es un *Spitfire*. El cine es así, todo es una mentira, y un Buchón como tú se convierte en un Messerschmitt como yo lo hago en un viejo MkI. *There's no business like show business, my friend.*

La película iba llegando a su fin, y nos despedimos de nuestros amigos ingleses. No sin nostalgia los vimos perderse en el cielo azul, con la desazón que el futuro incierto nos provocaba a todos. Volvieron las confidencias a media noche, las dudas y la

ansiedad, esa ansiedad que llega a nublar el conocimiento y que tal vez fue la culpable del accidente. Era el último día de rodaje, y acompañados de los cineastas rodábamos un despegue rutinario. Tal vez fue la falta de sueño, una distracción o una leve arritmia en mi corazón que quedó corto de potencia en el peor momento, no lo sabré nunca, pero el caso es que resbalé sobre el ala izquierda sin poder hacer nada para evitarlo. Nunca agradeceré lo suficiente a mi guía, que corrigió lo justo para evitar un choque catastrófico. Con un dolor atroz sentí que la pata derecha se tronzaba como una rama, y cómo las palas de la hélice chocaban contra el suelo, desgajando la transmisión de mi pobre corazón. Todo se nubló en polvo, y ya no recuerdo nada más hasta que desperté solo en un almacén de la base, no en mi querido hangar. Sentí con terror que me habían desmontado las alas, aunque conservaba en su sitio, dañado pero completo, mi fiel corazón inglés. Estaba completamente a oscuras, a excepción de una rendija en el suelo por la que veía pasar la luz de días que pronto dejé de contar. Los sonidos del exterior, amortiguados por las paredes, me traían sonidos cambiantes y distintos; no recuerdo cuando dejé de escuchar el familiar sonido de las hélices y fue sustituido por el omnipresente sonido del reactor: verdaderamente el futuro había sido suyo.

Me habían apartado, olvidado, como en aquella lejana infancia volví a un limbo sin pasado ni futuro, viví no sé cuánto tiempo en un presente interminable hasta que un día, no sé si semanas o años después el portón se abrió, dejando pasar un sol cegador. Manos solícitas retiraban años de suciedad y polvo de mi cuerpo, y con alivio vi que mis alas habían estado junto a mí todo ese tiempo, concienzudamente desmontadas. Salí al exterior, y no sin asombro vi que el viejo hogar había cambiado por completo, lo mismo que las calles de la vieja ciudad que recorrí en un camión hacia la Maestranza que tampoco era ya aquella en la que me habían instalado los cañones una mañana ya perdida en el olvido.

Pasé allí meses de una nueva juventud. Me quitaron la pintura herrumbrosa del disfraz, me retiraron los cañones de pega y volvieron a colocarme las alas. Con delicadeza arreglaron la pata derecha, y sustituyeron hélice y buje por unos nuevos y relucientes. De las conversaciones entre los cuidadores pude deducir que jamás volvería a volar, aunque era una información redundante, ya que podía sentir cómo el cigüeñal de mi corazón se había doblado sin remedio en el accidente, dejándome inútil para lo que era la razón de mi vida, el vuelo; pero el esmero de los cuidados que recibía me decía que algo se esperaba de mí, una vez más. Tuve el placer de ser pintado de nuevo con mi uniforme; desgraciadamente no el azul oscuro de mis días de guerra sino aquél tan poco atractivo de metal natural y azul cielo, pero me era igual. Ya volvía a ser yo mismo, con los discos rojos y amarillos en las alas y la banda negra recorriendo el costado, no más un actor, un remedo de otras épocas y otros países extraños, sino el representante de una raza de la que tal vez era el último ejemplo.

Y entonces vine aquí, a la Residencia. No voy a mentir si digo que los primeros días los pasé desorientado, entre desconocidos. No me quejo de vosotros, por supuesto, pero ayudó que Tex y yo nos reconociésemos de los viejos tiempos del desierto para integrarme con más rapidez. Sois buena gente, qué demonios, sí, Poli, tú también, y en estos años aquí he aprendido más que en el resto de mi vida, escuchando vuestras anécdotas, vuestras experiencias; escuchando a los jóvenes volar ahí, en el gran aeródromo, a veces atisbarlos por la ventana sin envidia pero con una nostalgia que no podemos ni debemos dejar de lado, porque es nuestra vida, es nuestra memoria. Los días de visita al principio se me hacían largos y agobiantes, especialmente cuando los niños se arremolinaban a mi alrededor, intentando tocarme y alguno que otro, intentar subir encima mío; nada que vosotros no sepáis, ¿verdad?. Prefería, y prefiero, esos días con pocas visitas en las que la gente se demora a nuestro lado, nos examina con mimo,

nos toma fotografías y dibujos, a veces nos tocan con la delicadeza de una caricia; es en esos momentos cuando te das cuenta de que no eres tan sólo un montón de aluminio y acero, o de tela y madera, para esas personas eres un mito, un objeto de admiración y deseo, un sueño que nunca podrán cumplir. Y también aprendes de ellos, de sus comentarios y conversaciones. Por ellos sé que muchos de mis compañeros aún siguen en activo, representando su papel de Messerschmitt en películas, volando en festivales en lugares de nombre evocador: Oskosh, Duxford, lugares a los que nunca iré pero en los que mis viejos hermanos de armas siguen siendo estrellas. *There's no business*, como dijo el viejo amigo inglés.

— Las puertas se abren, compañeros. Tendremos que dejar la conversación para luego— susurró Tex, y el silencio interior volvió a reinar en el hangar número tres. De reojo miré hacia la puerta, los primeros visitantes eran un hombre en la cuarentena y su hijo adolescente. Me cayeron bien, se notaba que sabían a lo que venían y, como es habitual en estos casos, era el padre el que parecía más emocionado. Suspiré, contento: comenzaba un nuevo día en la cómoda, en la acogedora, en la feliz Residencia.

El chico hojeó el catálogo del Museo de Aeronáutica y Astronáutica y se dirigió al centro del hangar, deteniéndose frente a un avión. Era un monoplano de ala baja, con una hélice de cuatro palas. El morro era profundo y pesado, y tal vez afeaba las esbeltas líneas del avión, pero le daba un carácter inconfundible. El chico se quedó un segundo con la boca abierta, pestañeó y se volvió a su padre.

— ¡Papá, es el Buchón! ¡Míralo! ¡Es una maldita belleza!

Moncada, Mayo de 2018